

sin tarjeta de embarque

Ángel Silva Ruiz

Las vidas, incluidas las dobles, tienen un único e indefectiblemente esperado final que, Alejandro, asimila al desenlace de una obra de teatro a la que, en realidad, asiste como espectador obligado.

A punto de subir a bordo de La Barca de Caronte, Alejandro presencia el coqueteo de María, su mujer, con el médico que le atiende, y rememora algunos momentos con su amante, Susi.

1

El médico es joven. Descorre la cortina de un tirón acompañado de su habitual *Buenos días, Alejandro, cómo está usted hoy* y pasa consulta con su aspecto cansado de todos los días. Sus movimientos medidos por la habitación, alrededor de la cama, asemejan tanto los de un actor principiante e inseguro como los de una alimaña cercando a su presa. Me habla como se habla a un niño; mientras toma asiento, sostiene entre las manos el fonendoscopio que le regalaron la noche de su graduación.

Después de tomarme el pulso, se incorpora enseguida, nervioso, negando para sí con la cabeza, e inicia su salida marcial, representada como el desfile de un superviviente derrotado en homenaje al soldado desconocido, y se marcha *hasta mañana*; por supuesto, después de despedirme con amabilidad *pórtese bien* y de ceder el paso delante de la puerta a María, mi mujer, que se le aproxima contoneándose, como cada mañana.

En esta última escena, ambos conversan muy cerca, en un siseo íntimo, inaudible para mí, que concede un tono de confidencialidad a lo que todos sabemos hace meses. Salen.

Cae el telón.

A duras penas reprimo el impulso de un aplauso.

2

Álex, hay que escribir cuando realmente apetece. Aunque todavía no tengas ninguna historia, hay que escribir, porque un día te asalta una enfermedad, un desaprensivo, un corte de digestión o todo junto como si se tratara de una confabulación contra lo corriente y...

Tenías razón, Susi, como casi siempre. Nos damos cuenta tarde de demasiadas cosas.

En fin, conmigo, en concreto, no creo que la Historia de la Literatura se haya perdido gran cosa.

Por fortuna, mis hijos han decidido redactar una esquela para tu periódico, así te enterarás de que ya no estoy dando vueltas por el mundo. Más que nada por si se te ocurriera llamarme al móvil para volver a vernos, como otras veces.

Las veleidades literarias de un pobre oficinista se titulaba mi primera novela. La crítica la tachó de "pretenciosa y demasiado autobiográfica", si bien leyendo tu entrevista cualquiera podría pensar que el autor era un serio candidato al premio nobel. No hubo más novelas ni más entrevistas. Lo nuestro fue un flechazo y cómo disfrutamos la "promo" de *Las veleidades*.

Vivo las horas previas al vuelo final, como decía Max, ésas que se te hacían siempre tan pesadas en los aeropuertos. ¿Te acuerdas cuando nos dejamos en aquel hotel las tarjetas de embarque y perdimos el avión? ¡Cuánto corrimos para nada!

Ya apenas puedo hablar, tan sólo mal recordar, imaginar fantasmas y elucubrar sobre lo pasado, lo que pasa y lo que pasará.

Barrunto gente en derredor; pero, en ocasiones, ni siquiera consigo averiguar de quién se trata y procuro esbozar una sonrisa tan diplomática como la del médico en su comedia, para que la gente -si es que realmente la hay- se tranquilice sobre mi estado.

Percibo sombras conocidas y desconocidas que me observan como si me miraran desde un montón de espejos compasivos, rayados cada segundo un poco más. Nos vamos agrupando hasta formar una enorme cola.

Es verdad que tuvimos una relación intermitente, pero no me negarás que fue intensa.

-Perdone, no encuentro la tarjeta de embarque.

-No se apure. Puede subir.

Presiento que me perderé el ensayo de mañana. Al menos, por ese lado me voy tranquilo. No han de faltar quienes me sustituyan.